A Cada Quien su Virus La Pregunta por la Vida y el Porvenir de una Democracia Viral

Enrique Leff

Historia de una Ceguera Colectiva

Amanecimos al 2020, un año signado por la premonición de tiempos inciertos. Por los altavoces de los organismos internacionales, desde las alteza soberana de la COP24 y del PICC, del G-8 y el G-20, escuchamos la advertencia de que le quedaba tan sólo una década a la humanidad para responder al desafío del cambio climático. El tiempo está contado. Corre el tiempo. Todos contamos; si, pero no de la misma manera. Desde el poder de la ciencia se miden las emisiones de gases de efecto invernadero que han excedido las 420 partes por millón

de CO2. En escritorios de los bancos y los paradigmas de la "economía verde" se contabilizaban los bonos de carbono, mediante los cuales se establecía la distribución de las ganancias económicas y los riesgos ecológicos a escala planetaria. Entretanto, los gobiernos continúan su conteo de los billones de habitantes que incrementan la población del planeta, de los miles de millones de los presupuestos nacionales, de los índices del decrecimiento del PIB, en una precipitación de sus cuentas en un presente saturado, en el que está descontado el futuro. Más alejados de nuestra cotidianeidad, los astrónomos continúan contando los años luz en las distancias planetarias y galácticas; los geólogos y biólogos miden y periodizan en eones las épocas de las transformaciones ecológicas del planeta; los sociólogos miden en índices y porcentajes la inequidad y la desigualdad social. Mientras la ciudadanía global ha salido a las calles a reclamar justicia climática, los ecomarxistas recuperan su protagonismo de ayer en los debates del mundo actual reviviendo el *mot d'ordre* de la revolución socialista: *barbarie o revolución*. Las convocatorias a debatir la crisis sistémica de la humanidad se tiñeron de signos letales y tonos apocalípticos. La *muerte sin fin* revive el *fin de la historia*. El colapso ecológico, la catástrofe climática, los conflictos socio-ambientales y la debacle civilizatoria ocupan los espectaculares del debate político ante la posible extinción de la raza humana. Todo anuncia la hora del Juicio Final, antes que la de la Justicia Social en esta devastada Tierra.

Hoy el mundo atraviesa por la mayor crisis sistémica de la historia. Es la conjunción sinérgica de todas las crisis: económica y financiera; ecológica, ambiental, climática y epidemiológica; ontológica, moral y existencial. Su alcance es mundial, global, planetario. La crisis civilizatoria de la humanidad expresa de manera virulenta su olvido de la vida. El COVID19, que infecta los cuerpos humanos, afecta profundamente al sistema económico que gobierna al mundo. El régimen del capital que ha desencadenado la degradación entrópica y el cambio climático del planeta, se ha venido asociando de maneras enigmáticas pero cada vez más evidentes, con la "liberación", mutación y transmisión de los virus al invadir y trastocar el comportamiento de los ecosistemas, alterando la resiliencia, el metabolismo y el "sistema inmunológico" propio de la biosfera. Estamos transitando de la comprensión de la acumulación destructiva y sojuzgadora del capital a un neoliberalismo y un

progresismo que han liberado a un ejército invisible de agentes patógenos que atentan contra la vida humana.

Los organismos internacionales nos dan una década para salvar al Planeta. Pero, ¿cuánto son 10 años en la existencia humana como tiempo límite para deconstruir la historia de la humanidad; al menos de los últimos 2500 años, si nos remontamos tan sólo al "primer comienzo" de la historia de la metafísica, al encadenamiento del Logos que ha destinado los cursos de la vida en la Tierra, que ha configurado la racionalidad de la modernidad que gobierna el mundo y que ha desencadenado la crisis climática y su re-mate más actual: la pandemia del Covid19 que ha venido a extremar la confrontación entre la vida del capital y la preservación de la evolución creativa de la vida.

Si 20 años no es nada, como dice el tango, 10 años serían menos que nada. ¡A vivir la vida, que ya habrá de recomponerse el planeta!, gritaron al unísono los seres humanos, siempre ávidos de vida. Habríamos de confiar en la "revelación del Ser" en la que meditara Heidegger, en la emergencia de la noosfera que anunciara Teilhard de Chardin, o en la configuración de una "conciencia de especie" que habría de venir a restablecer el equilibrio ecológico del planeta. Si la crisis ambiental fue ocasionada por la racionalidad económica, por la manía de crecimiento del capital, por la voluntad de poder incorporada en la tecnología, confiemos en el iluminismo de la razón, en el progreso de la ciencia, en la potencia de la tecnología y en la mano invisible del mercado para restaurar el planeta y abrir los horizontes hacia el mejor de los mundos posibles.

Capitalistas y socialistas, conservadores y progresistas se enfrentan día a día en el debate público de la arena política; pero se dan la mano, se abrazan y enlazan en esa vertiginosa danza triunfal de la humanidad, al tiempo que a sus pies se desfonda el planeta y se gangrena el cuerpo truncado de la vida, alienado de una razón que no alcanza a comprender las condiciones de la vida en el mundo vivo que habitamos.

Amanecimos en el 2020 tratando de entender la manera en que la ley de la entropía, como ley límite de la naturaleza, gobierna los destinos de la vida invadida por la ley férrea del mercado; estas leyes que deciden los destinos de la vida, pero que

no están al alcance de la mano, que son invisibles a la mirada del ser humano, aun cuando tenga una visión 20/20. En eso estábamos cuando despertó de su largo sueño el coronavirus COVID19 y comenzó a invadir los cuerpos humanos. Si a simple vista no alcanzamos a ver al virus de dimensiones sub-microscópicas, la mirada prospectiva de la ciencia, las acciones preventivas de las políticas públicas y las medidas adoptadas fueron incapaces de preverlo, a pesar de que ya el entonces presidente Bush lo preveía allá en el 2005, luego de la epidemia del SARS del 2003; y que más recientemente Bill Gates trató de poner en guardia al mundo luego del MERS del 2015. Un minúsculo organismo pre-celular ha venido a desquiciar al mundo y a poner en jaque-mate la vida humana!

La visión desde la razón instaurada no solo es miope: su estrabismo nace de su dificultad de distinguir el objeto de fondo, la vida, cuando su mirada está enfocada hacia la economía, cuando tiene en la mira la ganancia como la razón de su existencia. La ecuación entre la economía y la vida no la resuelve ecuación o algoritmo alguno. Tampoco los mecanismos ciegos del mercado. Contamos con la vida y cantamos a la vida. Si la pulsión de vida es desmesura, la vida no se deja acotar por medida alguna. Más allá de resolverse las contradicciones entre la economía y la vida como el anverso y reverso de la existencia humana empalmadas en una banda de Moebius, el mundo se ahoga y ahorca en un nudo gordiano del Logos y el Inconsciente; se pierde en los callejones sin salida de los laberintos de la vida en el que se ha extraviado la razón y se ha alienado la vida. El virus ha penetrado el cuerpo humano por los ojos con los que vemos, la nariz y la boca por las que respiramos hasta ahogar nuestros pulmones. Pero no podemos culpar a la naturaleza por haberle abierto el acceso a la vida humana. Como en el *Ensayo sobre la Ceguera* de Saramago, la mejor metáfora de la historia de las pandemias que amenazan la vida, COVID19 declara que la naturaleza no es culpable. Habrá que cuestionar a la psique humana.

En la historia reciente de las epidemias y pandemias, la reacción de la humanidad ha sido detener su expansión, generar anticuerpos, inventar la vacuna para inmunizar a la población y resolver así la inmediatez de la crisis sanitaria. Pero nos hemos preguntado ¿qué es un virus?; ¿cómo es que siendo parte de la evolución de la vida se convierte en un agente mortífero que ataca y destruye la vida? ¿Cuál es

su función en la evolución de la vida? ¿Qué agencia –de la propia naturaleza o de la intervención humana– activa su diseminación y sus efectos patógenos? Estudios recientes como el libro de Rob Wallace, nos acerca a comprender la manera como el gran capital asociado a los grandes ranchos de aves y ganado, y el proceso generalizado del agro-negocio de los monocultivos, al erosionar la biodiversidad y someter a un stress ecológico a la biosfera, ha sido un factor determinante de la "liberación", mutación y transmisión de los virus.[1] Empero, resulta sorprendente que a estas alturas del desarrollo de la ciencia, de la manipulación tecnológica de la constitución genética de los organismos vivos, desconozcamos el origen mismo de los virus. Los expertos se debaten aun en saber si son anteriores a la célula; si se originaron de manera regresiva de organismos más complejos que perdieron información genética, o a partir de piezas movibles dentro del genoma de una célula para entrar en otra; o si evolucionaron con sus huéspedes celulares. Lo que se sabe de cierto es que habitan la biosfera desde los primeras etapas de la evolución de la vida parasitando diferentes organismos celulares.[2] Pero ya que los virus no dejan huellas fósiles,[3] no sabemos si todos los virus conocidos por la ciencia moderna tienen un solo y mismo ancestro;[4] si todos los virus que yacen adormecidos en la biosfera han

[1] Rob Wallace, *Big farms make big flu. Dispatches on infectious disease, agribusiness, and the nature of science*, Monthly Review Press, New York, 2016.

[2] Hasta 2014 se habían descubierto 2827 especies de virus, estimando que aún quedan 320 mil por descubrir. Hacia noviembre de 2017, el National Health Institute había publicado las secuencias genómicas completas de 7454 diferentes virus.

[3] "El problema principal es que nunca se han detectado fósiles de virus. De manera que es difícil especular sus orígenes exactos. Estas partículas son demasiado pequeñas y demasiado frágiles para el proceso de fosilización, o incluso para la preservación de las secuencias de ácidos nucleicos en tejidos de hojas o insectos en ámbar" (Ananya Mandal, Virus origin).

[4] El origen de los virus en la historia evolutiva de la vida no es claro: algunos pueden haber evolucionado de plásmidos –piezas de ADN que se mueven entre las células–, mientras que otros pueden haber evolucionado de bacterias. Los virus pueden ser medios importantes de la transferencia genética horizontal, que incrementa la diversidad genética de manera análoga a la reproducción sexual. Los virus son considerados por algunos biólogos como formas de vida, ya que acarrean material genético, se reproducen y evolucionan a través de selección natural, aunque carecen de características esenciales como la estructura celular que generalmente es considerada necesaria para contar como vida. Ya que no cuentan con todas esas cualidades, los virus han sido descritos como "organismos al borde de la vida" y como replicadores de la vida. Las secuencias celulares ayudan a entender la evolución de los virus a lo largo de los siglos. Por ejemplo, los Geminivirus son un grupo diverso de virus y cada subtipo tiene diferentes genes y componentes genómicos. Sin embargo, las diferencias pueden rastrearse hacia un origen común cuando se considera la diversidad geográfica y la divergencia genética de los agentes o huéspedes portadores de los virus (Ibid.)

estado allí desde el origen de la vida; si han evolucionado o se han generado y diversificado con el proceso evolutivo mismo:

> Hasta el día de hoy, no existe una clara explicación sobre los orígenes de los virus. Los virus pueden haber surgido de elementos genéticos móviles que adquirieron la habilidad de moverse entre las células. Pueden ser descendientes de organismos vivos previos que adaptaron una estrategia de replicación parasitaria. Quizá los virus existían desde antes, y llevaron a la evolución de la vida celular (Wessner, D. R., 2010, "The Origins of Viruses", *Nature Education* 3(9):37).

La Dra. Ananya Mandal afirma que, "De los estudios sobre la evolución se desprende que no haya un solo origen de los virus como organismos. En consecuencia, no puede haber un simple 'árbol familiar' para los virus. Su único rasgo común es su rol como un parásito que necesita un huésped para propagarse [...] La mayoría de los virus de las plantas terrestres probablemente evolucionaron de las algas verdes que emergieron hace más de 1000 millones de años". Si bien sabemos que pueden crearse en el laboratorio[5] y son la materia prima de las vacunas antivirales, no sabemos la manera en que los procesos de intervención humana sobre el metabolismo de la biosfera y la evolución de la vida han afectado la "producción", evolución, diversificación y mutación de los virus que hoy habitan el planeta, refugiados en multiplicidad de organismos celulares huéspedes, a través de los cuales se han propagado hacia el cuerpo humano.

El COVID19 ha sorprendido a la humanidad al ser un "nuevo agente patógeno desconocido"; no sabemos cuánto tiempo estuvo ya antes habitando en la biosfera sin haber sacado las garras para atacar a sus víctimas. Habiéndose convertido en la mayor

[5] El primer virus sintético fue creado en 2002. Aunque en realidad lo que se sintetiza no es el virus sino el genoma de su ADN (en el caso de virus de DNA), o una copia de su genoma (en el caso de virus ARN), para muchas familias de virus el DNA o RNA sintéticos, una vez convertidos enzimáticamente de la copia sintética cDNA, es infeccioso al introducirse a una célula. Es decir, que contiene toda la información necesaria para producir nuevos virus. Esta tecnología está siendo usada para investigar nuevas vacunas. Para noviembre de 2017, fueron ya publicadas las secuencias genómicas completas de 7454 diferentes virus, en la base de datos del National Institutes of Health.

amenaza para la vida humana y la estabilidad planetaria, lo menos que podría hacer la humanidad es empezar a hacerse las preguntas esenciales y fundamentales, como prueba de su capacidad de supervivencia ante la virulencia de los agentes mortales que ha puesto en movimiento su intervención en el metabolismo de la vida.

Escribo en días del Pesaj judío, la fiesta de celebración de la liberación del pueblo judío esclavizado por el faraón egipcio. Historia real en que las 10 plagas jugaron un fundamental como agentes de la voluntad divina. Celebración de libertad pero también del preguntar como estrategia de supervivencia. Hoy el COVID19 se ha convertido en un protagonista emblemático de los tiempos que corren: no como emisario de los dioses, sino de la agencia humana en la historia. Algunos opinadores se han adelantado a preconizar al virus como un agente de los propósitos maquiavélicos de los chinos para dominar al mundo, o como el actor social más eficaz para derrumbar al capital; como portador de la revolución social y el cambio civilizatorio. No me parece acertado celebrar la pandemia del COVID19 como el triunfo del virus en representación de la naturaleza capaz de liberarnos del dominio del capital. La naturaleza había sido por siempre la agencia que gobernaba los cursos de la vida en la biosfera, como lo afirmó Vernadsky hace un siglo, en plena era del Antropoceno… hasta que el capital llegó a desplazarla para constituirse en el régimen ontológico dominante que gobierna al mundo y destina la degradación de la vida del planeta en la era del Capitaloceno. La deconstrucción de la racionalidad que domina al mundo y degrada la vida no será obra del coronavirus. Vencer al COVID19 a través de una vacuna y de la eficacia de las medidas sanitarias adoptadas por los gobiernos, tampoco habrá de salvarnos de acontecimientos futuros desencadenados por la expansión del capital sobre la biosfera, de una racionalidad tanática que no alcanza para avizorar la construcción de un futuro sustentable, abriendo el horizonte de la vida a un mundo con seguridad epidemiológica y ambiental. El COVID19 reaviva la pregunta por la vida y por las condiciones de la vida.

Las Políticas de Contención del Virus

A lo largo de la historia, la humanidad se ha preguntado por los designios de los dioses y las leyes de la naturaleza que destinan la vida a la muerte. La seducción de los demonios, la entropía como ley que rige la desorganización ineluctable de la materia y la vida, la pulsión de muerte, el nihilismo de la razón; su expresión en el Holocausto, en la devastación ecológica del planeta, en los genocidios y la crisis moral que amenazan la seguridad de nuestras vidas, nos muestran esta parte oscura y perversa de la naturaleza humana. El saber de la vida ha quedado en suspenso, como rehén de la voluntad de dominio del hombre sobre la naturaleza.

Retomando la fiesta de Pesaj que conmemora la liberación del pueblo judío, quiero destacar un punto esencial: el ritual del acto de preguntar: es el hijo más pequeño quien hace las cuatro preguntas al padre o el abuelo que oficia la ceremonia. La primera pregunta, "porqué esta noche es diferente a cualquier otra noche?" es para no olvidar el principio de la libertad como fundamento esencial de la vida humana. Pero no es sólo para que las nuevas generaciones no olvidaran ese acontecimiento histórico como fundacional de la idiosincrasia del pueblo judío, sino porque preguntar es el acto fundamental para emanciparse de la ignorancia, del desconocimiento. A pesar de las crisis epidemiológicas que ha sufrido la humanidad, el origen, evolución y metabolismo de los virus en la dinámica histórica de la biosfera, sigue siendo desconocida. Los virus que han sido una amenaza para la vida humana, animal y vegetal, están allí parasitando a sus células huéspedes, mutando y co-evolucionando desde el origen mismo de la vida. Yacen allí ocultos en la trama de la vida hasta que un evento externo trastoca su estabilidad parasitaria y los libera a la biosfera, desatando su búsqueda de nuevos huéspedes –plantas, animales o humanos–, causando las epidemias y pandemias que han infestado cultivos; que han azotado y diezmado a la humanidad a lo largo de la historia.

Hoy, ante la crisis del COVID 19, al lavarnos las manos, al colocarnos el tapabocas o barbijo, al practicar el aislamiento social, no sólo tenemos que preguntarnos si estas prácticas y las estrategias de contención y atención instrumentadas por los gobiernos habrán de cuidarnos ante la amenaza del virus, sino si podemos pensar un mundo después del COVID19. No sólo para preguntar ¿Por qué este virus es diferente a los anteriores? –para comprender sus vías de contagio, su

sintomatología, su agresividad a nuestro sistema inmunológico, su capacidad de resistencia, supervivencia y recontagio, incluso una vez que contemos con una vacuna y que los cuerpos sobrevivientes hayan generado anticuerpos– sino para pensar cómo construir un mundo diferente a los mundos anteriores. Hoy la inteligencia humana no sólo debe estar puesta en idear una buena estrategia para aplanar la curva epidemiológica, de manera que los infectados no saturen las capacidades del sistema médico y hospitalario; no sólo para atreverse a un acto de heterodoxia del neoliberalismo económico, para adoptar un New Deal, un keynesianismo antiviral capaz de recuperar la economía como en la posguerra, para invertir y hacer rentable una industria de la prevención y atención de los virus que vendrán, como lo piensa un Bill Gates. Se trata de comprender esta pandemia en su articulación con todas las otras crisis asociadas y que podemos categorizar como la crisis ambiental, como la insustentabilidad de la vida humana y no humana ante el imperio de la razón tecno-económica, del régimen ontológico del capital. Si en tiempos recientes fracasó la iniciativa del gobierno y la sociedad ecuatoriana de "dejar el petróleo bajo tierra", como una estrategia ante el cambio climático generado por el uso de los hidrocarburos, hoy debemos pensar una estrategia para que los virus se mantengan en sus refugios en el metabolismo mismo de la biosfera.

Esta crisis viral habrá de llevarnos a investigar las interconexiones con la crisis sistémica por la que atraviesa la humanidad. Hoy, investigadores del Virginia Tech especulan en un nuevo estudio publicado en el último número de la revista *Nature Communications* que si bien los virus no tienen procesos metabólicos propios, sus genes poseen algunas porciones que les ayudan a hacer sus propias herramientas para su metabolismo. Por otra parte se adelantan hipótesis de que la contaminación del aire está asociada con más muertes en la actual pandemia del COVID19. Un estudio reciente del Departamento de Bioestadística de la T.H. Chan School of Public Health de Harvard, concluye que el incremento de una unidad en los niveles de polución de partículas en el aire podría incrementar el riesgo de muerte en 15% y que si el aire hubiera estado más limpio antes de la pandemia, hubiera salvado muchas vidas". Si bien puede haber una gran dosis de especulación en estas investigaciones, y no sabemos el grado y los modos concretos en los que el stress ecológico causado por las

presiones extractivas del capital están provocando la mutación y la transmisión del virus hacia el contagio patógeno de humanos, y su mayor o menor difusión y transmisibilidad en un aire contaminado, la crisis sistémica llama a generar programas interdisciplinarios de investigación que establezcan las interrelaciones e intercausalidades en el marco de una epistemología de la complejidad ambiental.

Bob Wallace nos ha entregado quizá la mejor reseña reciente de la asociación de las epidemias y pandemias recientes con el stress ecológico ocasionado por agro-negocio. Hemos visto surgir cada vez con más frecuencia toda una cadena virus de diferentes tipos de influenza codificados como series de HxNx, y sus manifestaciones zoonóticas –SARS (Severe Acute Respiratory Syndrome); MERS (Middle East Respiratory Syndrome)– de transmisión de animales a seres humanos.[6] La vacunación

[6] "Los virus de la influenza cambian constantemente; de hecho, todos los virus de la influenza sufren cambios genéticos con el tiempo. El genoma de un virus de la influenza consta de todos los genes que conforman el virus. La secuenciación de genomas revela la secuencia de los nucleótidos en un gen, al igual que las letras del alfabeto en las palabras. Los nucleótidos son moléculas orgánicas que forman el bloque estructural de los ácidos nucleicos, como ARN o ADN. Todos los virus de la influenza constan del ARN de cadena simple a diferencia del ADN de cadena doble. Los genes del ARN de los virus de la influenza están constituidos por cadenas de nucleótidos que están unidas entre sí y cifradas por las letras A, C, G y U (adenina, citosina, guanina y uracilo, respectivamente). La comparación de la composición de nucleótidos en el gen de un virus con el orden de los nucleótidos de otro gen puede demostrar ciertas variaciones entre los dos virus. Las variaciones genéticas son importantes porque pueden incidir en la estructura de las proteínas superficiales del virus de la influenza. Las proteínas están formadas por secuencias de aminoácidos. La sustitución de un aminoácido por otro puede afectar las características de un virus, como por ejemplo cuán bien se propaga un virus entre las personas y cuán susceptible es el virus a los medicamentos antivirales o a las vacunas actuales. Los virus de la influenza A y B, los principales virus de la influenza que infectan a las personas, son virus del tipo RNA que cuentan con ocho segmentos de genes. Estos genes contienen 'instrucciones' para fabricar virus nuevos; un virus de la influenza utiliza estas instrucciones después de infectar una célula humana para engañarla de modo que comience a fabricar más virus de la influenza y así diseminar la infección. La **secuenciación de genomas** es un proceso que determina el orden o la secuencia de los nucleótidos (p. ej., A, C, G y U) en cada uno de los genes presentes en el genoma del virus. La secuenciación completa del genoma puede revelar la secuencia de alrededor de 13 500 letras de todos los genes del genoma del virus. Cada año, los CDC realizan la secuenciación completa del genoma de alrededor de 7 000 virus de la influenza de muestras clínicas originales tomadas a través de la vigilancia virológica. Un genoma del virus de influenza A o B contiene ocho segmentos de genes que codifican (es decir, determinan la estructura y las características de) las 12 proteínas del virus, incluidas las dos proteínas superficiales principales: la hemaglutinina (HA) y la neuraminidasa (NA). Las proteínas superficiales de un virus de la influenza determinan importantes propiedades del virus, incluso cómo responden los virus ante ciertos medicamentos antivirales, la similitud genética del virus con los virus de la vacuna contra la influenza y el potencial de los virus de la influenza zoonótica (origen animal) de infectar hospedadores humanos" (Centers for Disease Control and Prevention, National Center for Immunization and Respiratory Diseases, Page last reviewed: October 15, 2019). Para las variaciones de la influenza, los diferentes sub-tipos son nombrados según amplias clases de las proteínas superficiales hemagglutinin (HA) o neuraminidase (NA) que se adhieren a la envoltura viral. Hay 16 sub-tipos HA (designados H1-H16) y 9 sub-tipos NA (designados N1-N9). Todas las combinaciones posibles de estos sub-tipos de influenza A infecta a aves, pero solo aquellos que contienen las

anual contra la influenza se ha convertido en un ritual invernal. ¿Cómo habrán de combinarse los futuros acontecimientos climáticos –cambios en la temperatura ambiente, incendios, ciclones, huracanes, tsunamis– en la dispersión y transmisión de estos agentes patógenos, no lo sabemos. En un artículo reciente,[7] Wallace sostiene que la solución es la construcción de "un ecosocialismo que mitigue la brecha metabólica entre la ecología y la economía, entre lo urbano, lo rural y lo silvestre. Evitando de esta manera que surjan peores de patógenos de este tipo". Otros se aprestan a declarar el fracaso del sistema capitalista y a hacer un llamado a "luchar por construir un nuevo mundo más sostenible e igualitario, apoyándose en los medios materiales que dispone y en lo nuevo y creativo que podemos aportar en un orden más colectivo [...] Será necesaria una ruptura revolucionaria no sólo con el capitalismo en sentido estricto, sino también con toda la estructura del imperialismo, que es el campo en el que opera la acumulación hoy en día. La sociedad tendrá que ser reconstituida sobre una base radicalmente nueva". Enarbolando la bandera de la internacional socialista, John Bellamy Foster ha declarado: "la ruina o la revolución". Con la mira puesta en las estructuras del poder político se debate el futuro planetario en torno a tres sistemas de gobierno: regímenes autoritarios, populistas, democracias capitalistas y social-democracias. La comprensión de los modos de existencia acordes con las condiciones de la vida queda nuevamente en suspenso. Si bien la fractura metabólica que ha ocasionado el capital en la biosfera ha generado un creciente interés por conocer los procesos evolutivos genómicos del enorme repertorio de virus, su diversidad y su rol en la dinámica ecológica son aún poco conocidos. La ruptura revolucionaria con el orden establecido requerirá pensar en una racionalidad

proteínas superficiales H1, H2, H3, H5, H7 y H9, y N1, N2 y N7, infecta a los humanos, y de éstos, hasta ahora, sólo H1, H2, H3 y N1 y N2 lo hacen en un cierto grado." (Cita). Tanto el SARS como el MERS son de la familia de los coronavirus. El SARS irrumpió y se expandió alrededor del mundo en 2003 infectando a más de 8,000 personas y matando a 774 antes de ser contenido en 2004. El MERS irrumpe en Arabia Saudita en 2012, habiéndose extendido por Qatar y los Emiratos Árabes Unidos, y llegando a Corea, habiendo causado 93 muertes. Un estudio actual sobre el COVID 19 declara que " El SARS- CoV- 2 es una enfermedad emergente con resultados fatales. En este estudio se busca resolver la cuestión de una fundamental de conocimiento fundamental evaluando las diferencias en los aspectos biológicos y patógenos del SARS- CoV- 2 y los cambios en comparación con las dos mayores epidemias anteriores COV, con los coronavirus SARS y MERS" (Kandeel M, Ibrahim A, Fayez M, Al- Nazawi M., "From SARS and MERS CoVs to SARS- CoV- 2: Moving toward more biased codon usage in viral structural and nonstructural genes", J. Med. Virol. 2020:92:660-666).

[7] «Notes on a Novel Coronavirus»

productiva armónica con el metabolismo de la vida.

Si vivimos un verdadero *estado de excepción*, éste remite al excepcionalismo con el cual se ha concebido a la humanidad por encima de la naturaleza. La "normalización" del estado excepcional por el que atravesamos no deberá llevarnos a normalizar la ocurrencia de futuros eventos como el COVID19 para justificar la intervención del Estado de Excepción, del poder del soberano impuesto por un Trump, Johnson, Bolsonaro o López Obrador para dictar las nuevas reglas de convivencia de la humanidad con la naturaleza.

La crisis epidemiológica ha provocado ya una crisis económica de alcances aún incalculables, generando diversas reacciones del sistema económico global y de los gobiernos nacionales. La UNCTAD ha salido ya al rescate de la fuerza laboral, a la valorización del teletrabajo como condición para restablecer las relaciones comerciales y la acumulación progresiva de capital. Se habla de un nuevo New Deal como nuevo pacto social con la naturaleza por encima de las reglas del dinero y la ganancia y de un programa asistencial hacia la población más vulnerable. Los gobiernos buscan atenuantes a través de la dilación del pago de impuestos o sistemas de créditos blandos a la pequeña y mediana industria.[8] El papa Francisco ha propuesto implementar un "salario universal" que dignifique el derecho a la vida de todos los trabajadores, "que permita una conversión humanista y ecológica que termine con la idolatría del dinero y ponga la dignidad y la vida en el centro… con pudor, dignidad, compromiso, esfuerzo y solidaridad."

Pero no son solamente los adultos mayores y los ancianos, los pobres y los indigentes, los propietarios de las pequeñas y medianas industrias a las que va dirigidas las acciones de rescate económico para asegurar el empleo, y por esa vía, las condiciones de la recuperación económica a través de la demanda efectiva de los consumidores; de aquellos agentes sociales que ayudarían a detener el colapso

[8] Para reducir este dilema, ante la incertidumbre económica y la erradicación del virus, se propone establecer "un sistema robusto de pruebas de diagnóstico para poder vigilar y actuar prontamente en caso de que la epidemia regrese una vez abriendo la economía. Otra alternativa, aunque de menor probabilidad, es que se encuentre alguna medicina que reduzca o elimine la mortalidad, con lo cual la confianza del consumidor podría revertirse abruptamente".

económico en tanto se aplana la curva epidemiológica y se logra erradicar el coronavirus, al menos disolver su virulencia y sus efectos letales, conteniéndolo dentro de sus condiciones de estabilidad ecológica y de resistencia inmunológica en el cuerpo humano, en tanto se hace disponible una vacuna para erradicarlo.

En esta reacción de las instituciones internacionales, los gobiernos nacionales y sus políticas de emergencia ante la invasión del COVID19, los olvidados son, hoy como siempre, los condenados de la tierra, los pueblos indígenas que viven sin atención médica y alejados de los insuficientes sistemas nacionales de salud. La chispa ya está prendida por aquellos que retornan a sus comunidades luego que se les han cerrado sus puestos de trabajo en la industria turística y de servicios, o aquéllos que lograron emigrar, incluso en tiempos recientes, desafiando los muros fronterizos. Pero también de los emisarios de los intereses más funestos que ven en la transmisión del virus a las poblaciones indígenas más remotas e indefensas, la estrategia perfecta para diezmar su capacidad de resistencia y protección de sus ecosistemas, dejando libre el acceso a la capitalización de sus territorios de vida. La falta de atención a las poblaciones indígenas puede llegar a convertirse en el mayor riesgo de un genocidio de proporciones incalculables en manos del coronavirus en los días por venir.[9] Esa sería la mayor tragedia, pues a diferencia de la clase trabajadora que es indispensable para el sostenimiento y recuperación de la economía –la que habrá de volver al mundo al *business as usual*–, los Pueblos de la Tierra son quienes por sus habitus, sus prácticas de sus modos ancestrales de vida, tienen la capacidad para recomponer las fracturadas y diezmadas relaciones con la naturaleza, de convivencia con los demás seres vivos del planeta, incluso de los virus que son parte de ella.

La Pregunta Por la Vida

La excepcionalidad de la crisis sistémica que ha desatado el COVID19 en ente momento de la historia interpela a la humanidad a responder desde su mayor apego a la vida; desde su sensibilidad y capacidad de comprensión de las condiciones de la vida. El virus es portador de la pregunta por la vida. No podremos responder a ella sin

[9] En estos días llegan noticias funestas de garimpeiros portadores del virus, que habrían ya infectado a una población Yanomami en la Amazonía de Brasil.

una reflexión sobre las causas ontológicas, metafísicas y epistemológicas de la crisis ambiental; sin una meditación profunda sobre nuestra condición existencial. Hasta ahora, las ecosofías se contentaron con imaginar la emergencia de una conciencia ecológica desde la generatividad de la *Physis* en el orden de la noosfera; la meditación heideggeriana lo condujo a la insondable pregunta sobre la "Verdad del Ser". Allí ha quedado suspendida la esperanza de restablecer las condiciones de vida en un mundo que se ha vuelto insustentable. Heidegger postuló en *Ser y tiempo* el "ser hacia la muerte" del Dasein como la condición esencial de la naturaleza humana; como el principio existencial de su ontología fundamental. La experiencia de la muerte del ser humano en la "facticidad de la vida" debiera ser razón suficiente para asentar su verdad ontológica. Sin embargo, para que esa experiencia pudiera manifestarse en un estado de conciencia generalizada y unificada, y como una condición existencial de la humanidad, fue necesario que ésta compartiera la experiencia de una amenaza actual o de un destino común en igualdad de condiciones, como cuando la invasión de la plaga de Atenas (enviada por los dioses) convirtió el simbolismo del silogismo aristotélico sobre la mortalidad de todos los hombres en la auto-conciencia de la sociedad de la Antigua Grecia a través de una experiencia vivida, transformando el axioma lógico del silogismo en la producción de un sentido común en el imaginario social. Sólo una vez que el virus de la Plaga de Atenas[10] se propagó a la sociedad en su conjunto sintió la amenaza de la muerte real, la forma simbólica de la premisa de Aristóteles "todos los hombres son mortales" produjo un sentido generalizado de la condición de la vida que anidó en la conciencia de los antiguos griegos, configurando un imaginario social, convirtiéndose en una condición de la vida de todos y cada uno de los hombres de la Antigua Grecia.

Pero aun así, la transmisión del orden simbólico al imaginario colectivo –de la vivencia a la conciencia–, a través de la agencia del virus, no es inmediata y directa. La inmunidad hacia los agentes patógenos que habitan en lo Real de la Vida implica, si no la supresión, al menos si la comprensión –y el aprender a vivir con– aquello que se

[10] La plaga de Atenas emergió durante la guerra del Peloponeso hacia el año 430 a.C. Fue posiblemente el virus de la fiebre tifoidea que mató a la cuarta parte de las tropas atenienses y a una cuarta parte de la población a lo largo de cuatro años. Pericles pereció a causa del virus. Aristóteles lo sobrevivió y pensó su consecuencia en la forma lógica del silogismo "Todos los hombres son mortales".

configura en la verdad del Logos –en el orden simbólico– y aquello que yace en lo Real del inconsciente humano, en los "agujeros que constituyen por una parte lo Real y por la otra lo Simbólico" en el pensar de Lacan, "a saber designar como la vida ese agujero de lo Real [...] oponiendo instinto de vida a los instintos de muerte. Lo que pone de manifiesto la peste del Siglo IV a.C. tanto como 2450 años después el COVID19, es el sin-saber de la vida. Lo que habría de llevarnos a interrogar los procesos que operan en el Logos Humano y en el Inconsciente Humano, que han reprimido el saber humano sobre las condiciones de la vida.

Traslademos el hecho histórico y la fábula originaria del Edipo de Sófocles a nuestro tiempo; transmutemos el virus de la tifoidea al COVID19, metaforicemos el metabolismo del virus para orientar las preguntas que habrán de llevarnos a saber algo más: a saber evitar y a saber prevenir, a aprender a vivir en el riesgo creciente de las crisis virales que provoca el sin-saber y la voluntad de poder que yacen en el fondo del alma humana; pero sobre todo a orientar la construcción de otro mundo posible, conforme con las condiciones de la vida, de la coexistencia pacífica y armónica de las diferentes culturas humanas con los demás seres vivientes con quienes compartimos la vida del planeta; y con nuestros virus. Para ello será preciso confrontar aquello que ha reprimido el saber de la vida. En este sentido reflexionaba Lacan al afirmar:

> Es en tanto que algo está reprimido [*urverdrängt*] en lo Simbólico, que hay algo a lo cual jamás damos sentido, aunque seamos [...] capaces lógicamente de decir "todos los hombres son mortales", es en tanto que "todos los hombres son mortales", por el hecho mismo de este "todos", no tiene propiamente hablando ningún sentido, que es preciso al menos que la peste se propague a Tebas para que ese "todos" se convierta en algo imaginable y no un puro simbólico, que es preciso que cada uno se sienta concernido en particular por la amenaza de la peste, que se revela al mismo tiempo lo que al suponer esto, a saber que si Edipo ha forzado algo, es completamente sin saberlo, es, si puedo decir, que él no ha matado a su padre más que a falta de haber, si me permiten decirlo, a

> falta de haberse tomado el tiempo de "perorar".[11] Si se hubiera tomado el tiempo que era necesario –pero, ciertamente, hubiera hecho falta un tiempo que habría sido poco más o menos el tiempo de un análisis, puesto que él mismo, era justamente para eso que estaba en los caminos, a saber que él creía, por un sueño –justamente– que iba a matar a aquél que, bajo el nombre de Pólibo, era perfectamente su verdadero padre (Lacan, *Séminario 22 RSI* 1974/75, Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponce, pp. 9-10).

En la tragedia de Sófocles, Creonte consulta el oráculo de Delfos y descubre que la peste es el castigo de los dioses por el asesinato de Layo, el antiguo rey de Tebas a quien Edipo no llegó a conocer. Hasta que el responsable no expíe sus culpas, la peste seguirá azotando a la ciudad. El coronavirus no es un castigo divino, sino una respuesta de la naturaleza, cuyo comportamiento debemos desentrañar. El oráculo había predicho que Layo y Yocasta tendrían un hijo que mataría a su padre y se desposaría con su madre. Para evitarlo, se deshicieron del niño. Yocasta se suicida al descubrir la terrible verdad. Edipo, consternado, decide romper sus ojos con los broches del vestido de Yocasta, de modo que cuando muera no pueda mirar a sus padres a los ojos en el Hades. Ciego, le pide a Creonte que lo exilie, y Edipo se condena a vivir para siempre como un extranjero, desprovisto de todo poder, afecto y consideración.

Ante la terrible verdad del Capital que ha violado a la Naturaleza, la humanidad ha preferido arrancarse los ojos para no mirar su incestuosa conducta. Mas ese no debe ser nuestro destino. No debemos arrancarnos los ojos para no ver lo que la voluntad de poder reprime y nos ha impedido ver: la *Verdad de la Vida*. La verdad de la virulencia viral, latente en lo Real de la Vida ya se anunciaba en sueños premonitorios, en la memoria de pandemias anteriores, en sus rituales recordatorios, en las señales y advertencias de nuevos acontecimientos climáticos, telúricos y epidemiológicos que habrían de ver madurar sus tiempos. El virus anunció metafóricamente su poderío

[11] Se traduce como "perorar" lo que Lacan escribe en el texto original como "laïusser", derivado de laïus, "discurso" (en la jerga de las escuelas), y que remite a Layo, padre de Edipo. El tiempo de "perorar" sería el tiempo de analizar su impulso edípico y su acto parricida.

global al convertirse en significante de la capacidad de transmisión electrónica instantánea a escala global. Antes del COVID19 vivíamos de manera cotidiana la amenaza de los virus informáticos que podrían "hackear" a nuestra computadora. De la viralización de las informaciones que penetran la mentes de la humanidad, el virus se ha "viralizado" penetrando el cuerpo de la vida.

Las fuerzas que gobiernan el mundo globalizado prefieren ignorarlo, no saber la verdad. Las verdades lógicas –incluyendo las verdades científicas– no aportan toda la verdad de la vida y su relación con las verdades de la existencia humana. Como advirtió Lacan,

> Esta existencia es muy importante en sí, porque si tenemos la idea, una idea de algo que viene al lugar de esta especie de producción ingenua que sólo parte de las palabras, a saber eso en lo cual se ha avanzado con Aristóteles, a saber que *dictum* de *omni et nullo*, se expresa en alguna parte, eso es lo universal: lo que se dice de todo puede también aplicarse a cualquiera. Es de ahí que se hizo el primer desembrollo linguïstico. Lo grave, es que la continuación ha consistido en demostrar a Aristóteles –lo que no se podía sino después de mucho tiempo– que la universalidad no implicaba la existencia.

¿De qué manera los virus, como portadores de la muerte, pero también de la libertad desde los tiempos ancestrales de la civilización humana, podrían hoy, en la manifestación global y letal del COVID19, ser, más allá de emisarios de una fatalidad, anunciar nuevos tiempos por venir? La crisis sistémica llama a una recomprensión de la vida que no podría reducirse a los paradigmas de la razón económica, científica e instrumental. Estos enigmas y dilemas de la vida se manifiestan en la dificultad para establecer un código de justicia epidemiológica y ambiental que no esté ya contaminado por una razón que dicte la medida justa del derecho a la vida.

Justicia vital: calculando el derecho y midiendo el valor de la vida

La pandemia del COVID19 ha sacado a la superficie aquello que la crisis ambiental puso en el tapete del debate público: la confrontación del régimen ontológico del capital –de la racionalidad tecno-económica que gobierna el mundo moderno globalizado– con las condiciones de la vida en el planeta. El mundo en el que irrumpe el COVID19 es un mundo donde la razón calculadora, originada en la primacía del Logos y de lo Uno, configuró la era de la *Gestell* –como lo designó Heidegger–, del régimen ontológico que ha estructurado la racionalidad del Capital. Es el mundo que ha enmarcado la vida dentro una razón suprema; un mundo codificado por el cálculo, mesurado por la ratio, dominado por una voluntad de poder que produce la realidad como objetos a ser apropiados por el capital; un mundo totalitario que dispone todo lo existente a la planificación sujeta al cálculo objetivo. El mundo así construido configura la subjetividad humana a su modo de producción de existencia y reduce la moral humana a sus designios. La elección racional (*rational choice*) de los sujetos está ya enmarcado en los principios a priori de dicha racionalidad. A ella se sujeta el cálculo de riesgo de acontecimientos como la presente crisis epidemiológica, que estando fuera de la capacidad de previsión desde lo sabible de una realidad presente, y de lo vivido en la anterior experiencia humana, se nos presenta como una condición de la vida en la era del riesgo y de la modernización reflexiva.

En este contexto y circunstancias están siendo elaborados códigos bioéticos para orientar y normar las decisiones que están y estarán siendo tomadas en respuesta a la crisis multidimensional que ha desencadenado la pandemia –crisis sanitaria y del sistema de salud, crisis económica y financiera, crisis ecológica y ambiental, crisis ontológica y existencial–, en el que el juicio sobre el derecho a la vida toma preeminencia; que presenta el dilema de salvar vidas humanas o salvar a la economía; al capital que ha puesto en jaque a la existencia humana.

Pongamos de lado por un momento las consideraciones sobre la manera como la intervención de la dinámica y formas del capital ha determinado el *stress ecológico* que ha provocado el dislocamiento del coronavirus desde sus huéspedes en los que cohabitaba pacíficamente durante milenios o eones de evolución de la vida hacia su transmisión a la humanidad. Una vez abierta la cadena de mutaciones y su expansión exponencial, no en la biosfera, sino en la especie humana por vías del contagio que ha

propiciado el libre comercio y el libre tránsito de seres humanos generando las condiciones de tan democrática distribución geográfica del virus, este ha puesto en evidencia la in-eficacia de la infraestructura hospitalaria y del sistema de atención médica de los diferentes países, abriendo un dilema ético sobre el valor y el derecho a la vida. Ya durante las guerras napoleónicas fue considerado el método del "triaje" para responder al dilema ético y decidir las prioridades de la atención médica a los soldados heridos y enfermos. En las pandemias anteriores, previas al invento de las vacunas –de la peste negra de la Edad Media a la Gripe Española de 1918– se dejó a la propia naturaleza la responsabilidad de "resolver" la crisis epidemiológica a través de la creación de anticuerpos de los individuos más resilientes, luego que diezmara a un altísimo porcentaje de la población. [12]

Habremos de admitir que en el mundo actual, esa no sería una opción. La pandemia no es un fenómeno estrictamente natural en cuanto a las condiciones de emergencia, sus mutaciones, sus vías de transmisión, expansión y contagio. La humanidad en su era científica e informática no podría serenamente "dejar ser al virus"; dejarlo desplegar sus estrategias letales y de la capacidad de asimilación y respuesta del sistema inmunológico de la humanidad. La irrupción de la pandemia ha

[12] La Peste Negra se extendió hacia el Mediterráneo y Europa occidental hacia 1348, posiblemente llevada por mercaderes italianos que huían de la guerra en Crimea, matando a veinte millones de europeos en seis años, una cuarta parte de la población total y hasta la mitad en las zonas urbanas más afectadas. Fue una nueva irrupción de la peste bubónica, cuya primera manifestación registrada fue la llamada peste de Justiniano en el año 541 que inició en Egipto y llegó a Constantinopla matando a 10 mil personas por día en sus momentos más activos, según relata Procopio de Cesárea en su *Historia de las guerras persas*, y quizá a un 40 por ciento de los habitantes de la ciudad, diezmando a la cuarta parte de los habitantes del Mediterráneo oriental. La peste negra asoló otra vez Europa en 1664, llevada por marinos que desembarcaron sus mercaderías de Turquía en Holanda expandiéndose por el continente. Hoy se sabe que la peste negra es el bacilo llamado Yersinia, por su descubridor Alexander Yersin.

La "Gripe Española" que duró de 1918 a 1919, fue una pandemia de categoría 5 provocada por un virus de la gripe A inusualmente grave y mortal. Muchas víctimas eran adultos jóvenes sanos: los soldados que fueron a la Primera Guerra Mundial. La enfermedad fue reportada por primera vez el 4 de marzo de 1918, en Fort Riley, Kansas, Estados Unidos, aunque en el otoño de 1917 se había producido una primera *oleada heraldo* en al menos catorce campamentos militares. Se reporta que en algún momento del verano de 1918 el virus sufrió una mutación o grupo de mutaciones que lo transformó en un agente infeccioso letal. El primer caso confirmado de la mutación se dio el 22 de agosto de 1918 en Brest, el puerto francés por el que entraba la mitad de las tropas estadounidenses aliadas en la Primera Guerra Mundial. Las primeras estimaciones calcularon el número de víctimas entre 40 y 50 millones de personas, mientras que las más recientes sugieren que podría haber muerto hasta 100 millones de personas, un 5% de la población mundial en 1918.

tomado al mundo sin una vacuna contra el virus y con una capacidad del sistema médico y hospitalario determinada por sus condiciones económicas de operación "normal" –que dentro de sociedades regidas por los principios de la rentabilidad de los servicios médicos implica una escasez de recursos para atender emergencias sanitarias de esta magnitud. Ante la imprevisibilidad de la escala de expansión del contagio y el grado de malignidad del agente patógeno, la estrategia de "aplanamiento de la curva epidemiológica" responde a las limitadas capacidades del sistema sanitario carente de una planificación basada en la previsión, en un "cálculo de riesgo", para atender a las víctimas del virus: de una crisis anunciada.

La situación real de saturación de los servicios médicos para atender los casos graves del coronavirus ha abierto un nuevo debate sobre la justicia social en el campo de la bioética, sobre el valor y el derecho a la vida. Si ya en el campo de la ecología política habíamos cuestionado la manera como la justicia ambiental trasciende los esquemas que reducen lo justo a las normas y procedimientos al derecho positivo y privado –a la medida de lo justo, como decía Thomas Jefferson[13]–, la crisis de la pandemia nos enfrenta a nuevos desafíos. Ya en el dilema del aplanamiento de la curva epidemiológica y del momento de reabrir actividades económicas se pone en juego una distribución de los costos en vidas de la crisis. La apuesta por salvar a la economía de una debacle que arrastraría a través de la recesión a un número creciente de desempleados y a una situación de penuria colectiva, se antepone un interés de clase antes que de solidaridad humanitaria. Allí se juega el dilema entre la prioridad del capital como condición de la vida, frente al derecho intrínseco y fundamental a la vida.

En su forma más pragmática, tales principios éticos han derivado en una medida del derecho a la vida fundado en las capacidades de supervivencia y en una equivalencia de años vividos y por vivir. Ya por mucho tiempo, las compañías de seguros han ido modulando nuestra comprensión del valor de la vida en términos de un cálculo de riesgo y esperanza de vida. El propósito pragmático es ofrecer una guía de toma de decisiones para que llegado el momento, un médico no deba –y no pueda–

[13] En palabras de Thomas Jefferson, (la justicia) es 'igual y exacta…' basada en el respeto al principio de equivalencia (Bookchin, 1990:96-98).

tomar libremente la decisión ante el dilema de dejar morir a un "anciano" de 70-90 años o a un joven de 20-40 años. En su forma más esquemática y extrema, la medida práctica autoriza al médico a dejar morir a quien estadísticamente le quedan menos años de vida, o ha ya vivido más etapas de su vida.

Pero ese cálculo debiera llevar a toda reflexión bioética a la pregunta: ¿Cuánto vale la vida de uno y otro? Sabemos que el virus no reconoce clases sociales, pero que los pobres, la clase trabajadora, los indigentes y trabajadores informales, son más susceptibles de contraerlo por la necesidad de salir a la calle y tomar el transporte público para ganarse el pan de cada día; que los médicos y enfermeras y su personal de apoyo están más expuestos de las fuentes de contagio, que las personas que podemos trabajar en casa. Que los pueblos indígenas, que en principio pudieran estar más alejados de los epicentros urbanos del contagio, son más vulnerables por sus habitus de vida comunitaria y la falta de servicios de salud. De manera que la justicia sanitaria está claramente segmentada en cuanto a las condiciones sociales en que se produce la morbilidad del virus y las posibilidades de ser atendidos por las insuficiencias del sistema de salud.

El discurso actual de la bioética se ha enfocado al dilema de la decisión de a quien dejar morir de entre quienes tienen acceso a un hospital en el momento crítico de distribuir los escasos ventiladores disponibles. Si se tratara de sacrificar vacas o gallinas, pensaría que no hay duda en dejar vivir a las más jóvenes y aún fértiles. Pero en el caso de vidas humanas, si el derecho a la vida es un derecho universal y en una democracia todos contamos por igual, al menos en principio, ¿el valor de la vida es siempre equivalente? Pensemos en un caso hipotético, y si quieren extremo: Einstein y el hijo del Chapo Guzmán entran a un hospital en el momento que queda un ventilador disponible. A quien dejar morir, a Einstein por viejo, o al narcotraficante delincuente que ha tomado ya por su cuenta quien sabe cuántas vidas? Si en otro caso igualmente hipotético se disputaran el ventilador Gabriel García Márquez y un joven miembro de las FARC, y se abriera un referéndum nacional en el mejor espíritu democrático, ¿La vida de quién ganaría el derecho a la vida? ¿Qué vida dona y ofrece más vida a la vida de los demás? ¿Y si se tratara de elegir entre Napoleón, Donald Trump o AMLO, y un soldado raso, un joven indígena o un albañil, el médico decidiría

con el manual de bioética en la mano? Si extendemos el juicio ético al derecho a la vida en un esquema no antropocéntrico sino al biocentrismo preconizado por la ecología profunda, ¿quién tiene más derecho a la vida, un ser humano o un virus?

Hoy, el juicio bioético atraviesa la vida política y las decisiones personales. El personal médico y asistencial se juega literalmente la vida para salvar las vidas de los pacientes que llegan a hacerse la prueba del COVID19 o a atenderse por haberlo contraído. Sabemos que el médico que detectó el virus en Wuhan ha muerto a causa del contagio. Muchos más médicos, enfermeras y ayudantes en el mundo entero están en esa condición. El pasado 20 de abril, el personal de salud del hospital San Rafael de la ciudad de Leticia en la amazonia colombiana, único hospital público de la región, ha renunciado masivamente por falta de los elementos mínimos de protección para prestar atención médica sin el riesgo inmediato de contagio, luego de morir un paciente por el coronavirus. El médico está ante el dilema de cumplir el juramento hipocrático, o salvar su propia vida y la de sus familias.

La pandemia del COVID19 ha puesto en evidencia la confrontación entre la economía como medio para producir los medios de vida, y el derecho intrínseco a la vida: entre el poder soberano y la nuda vida, en términos de Giorgio Agamben. Recuerdo ahora el cuento que contaba mi padre de un ladronzuelo que asalta a una pareja e interpela al marido: “el dinero o la vida”; y éste le dice a su mujer: “vida, vete con el señor”. Chiste machista, sin duda. Pero ante el virus que nos asalta no podemos disponer de un otro subrogado que tome nuestro lugar ante el asalto del virus. De nada serviría que Abraham sacrificara a Isaac para calmar la ira divina o la revancha de la naturaleza ante la agresión que ha sufrido por la voluntad de poder del hombre, por su mala comprensión del mandato de dominar a la naturaleza y de extenderse por el mundo.

La historia ha estado plagada de acontecimientos en los que se han puesto en juego los impulsos del *homo sapiens sapiens* para intervenir en el conflicto entre la vida y la muerte, y su capacidad para resolverlos, como el mayor dilema ético de la existencia humana. La irrupción del coronavirus COVID19 es un acontecimiento histórico: no sólo porque pasará a la historia de las mayores catástrofes epidemiológicas, sino porque es un hecho histórico: porque este fenómeno es

consecuencia de la crisis civilizatoria por la cual atraviesa la humanidad. Ciertamente esta historia se inició en la era neolítica, hace unos 10-12 mil años, cuando se implantó la agricultura y la selección de especies animales para el consumo humano. Pero tal proceso se ha exacerbado con la intervención del capital sobre el metabolismo de la biosfera. Las pestes que reporta la mitología y la literatura, desde la peste que favoreció el éxodo del Pueblo Judío en el año 1250 a.C., luego de 210 años de esclavitud bajo el sojuzgamiento del faraón Ramsés II, dan cuenta de fenómenos naturales que "liberaron" a los virus de sus refugios celulares y atacaron sin piedad a una humanidad insapiente e indefensa.[14]

[14] La historia de las pandemias ha quedado registrada en varias obras literarias. El *Poema de Atrahasis*, escrito y firmado por un tal Kasap-aya en tiempos de Ammi-Saduqa, que reinó en Babilonia desde 1646 a. C. hasta 1626 a. C. abarca desde el origen del mundo hasta la creación del hombre; comprende la narración del "Génesis" y toda la "historia" primitiva de la humanidad, desde su creación hasta el final del Diluvio y el inicio del "tiempo histórico". Relata cuando Enlil, dios acadio de los cielos y la tierra, cansado del "ruido" de los seres humanos, intentó exterminarlos mediante una peste. "Con la prosperidad vuelve a comenzar el *ruido*. No habían pasado mil doscientos años, Y el territorio se había ampliado, Y la población multiplicado. El país, como un toro, alzaba tanto la voz Que el *ruido* molestó al dios soberano. En esta ocasión, Enlil les envía la sequía y la hambruna" hasta que fueran capaces de "vigilar la tierra, aquí abajo Para liberar a los hombres, soltando sus cadenas Y permitiéndoles una rica producción!" De esta manera se inauguran los relatos sobre la peste como significante de los excesos –del *ruido*–, del estrépito de la prosperidad de los humanos en su ambición de dominio sobre la Tierra.
La peste de Atenas fue llevada a la escena literaria por Sófocles en la tragedia de *Edipo Rey*. Pero fue Tucídides (460-455/399-396 a.C.) quien en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* narró los estragos de esa enfermedad, que él mismo contrajo. Siguiendo la doctrina de Hipócrates, describió detalladamente los síntomas de modo que "si volviese a sobrevenir, teniendo una idea previa, mejor se podría diagnosticar". Su relato incorpora las consecuencias morales de la epidemia: "Todas las costumbres que antes se observaban en los entierros fueron trastornadas […] recurrían a modos de entierro indecorosos […] depositaban sus muertos sobre piras que no eran suyas […] La plaga introdujo otros desórdenes más graves. La gente buscaba […] placeres que antes se ocultaba, porque veían tan bruscos los cambios en los ricos que morían súbitamente, y de los que antes no tenían nada y que de repente adquirían los bienes de los muertos. Y así, considerando igualmente efímeras la vida y la riqueza, creían que se habían de aprovechar rápidamente con afán […] El placer inmediato y todos los medios que a él conduce, se constituyó en lo bello y lo útil. Ni el temor a los dioses, ni a la ley humana les retenía, porque al ver que todos morían indistintamente, creían que era igual honrar a los dioses como no hacerlo, y por otra parte, nadie esperaba vivir hasta que se hiciese justicia y recibir el castigo de sus delitos. Más grave era la sentencia dictada que pendía ya sobre sus cabezas, y antes que cayese era natural sacasen algún provecho de la vida." Más tarde Lucrecio hará un relato truculento peste de Atenas en su poema *De rerum natura.* Giovanni Villani, relata en las *Crónicas Florentinas* los avatares de la peste negra de la Edad Media, más difundida a través del *Decamerón* de Bocaccio, Poco después, Geoffrey Chaucer escribirá sus *Cuentos de Canterbury* relata la vida de Londres afectada por la epidemia. Más adelante, Daniel Defoe describe en 1722 en su novela *Diario del Año de la Peste* lleva a la ficción el relato de los acontecimientos

Para las culturas primitivas, la peste era el castigo de la divinidad a los pecados cometidos por una persona o una sociedad. Hoy la ciencia calcula que puedan existir alrededor de 320 mil virus, de los que conocemos tan sólo los que han generado las epidemias más recientes, pero que se han vuelto cada vez más frecuentes y violentos, como el SARS y el MERS, la gripe aviar y porcina, el zika y la chiconguña. El *stress ecológico* causado por la desforestación y la erosión de la biodiversidad, así como la producción industrial de animales, han provocado que los virus salten de sus hábitats naturales en busca de otros huéspedes, desplegando su virulenta y letal acción sobre animales y humanos. No sólo estamos interconectados por la economía global, sino ecológicamente, a través de la compleja trama de la vida.

En estos días se desarrollan las batallas más encarnadas entre el cuidado de la vida y el poder soberano que la domina: volver al trabajo y rescatar a la economía, o salvaguardar la vida limitando las posibilidades de contagio mediante el resguardo en casa y de la "sana distancia" o defender el empleo y el ingreso, y salir a la calle a ganarse el sustento diario. Según sus críticos, la OMS esperó demasiado para hacer sonar la alarma del coronavirus, lo que dio el espacio y el tiempo suficientes para que el veloz patógeno cruzara fronteras y continentes y llevara al brote local, nacido de un modesto mercado de Wuhan, a transformarse en una pandemia que trastocó la vida y sembró de muerte cada rincón del planeta. Para algunos científicos, los gobiernos actuaron por pánico y de manera apresurada sin comprender que esta pandemia es como cualquier otra epidemia anterior de influenza, un evento de la naturaleza que había de dejar que ocurriera hasta que los cuerpos humanos se inmunizaran de

---

de la fiebre bubónica que azotó a Europa en 1664, llegando un año después a Londres. Alessandro Manzoni (a quien Verdi dedicara su *Misa de Réquiem*), relata en su obra *I Promessi Sposi,* publicada en 1827, los avatares de su relación atravesada por la llegada de la peste a Milán. Alberto Moravia escribe en 1957 *La Campesina,* haciendo jugar las equivalencias entre peste y guerra. Más sintónico con los dilemas actual crisis, Albert Camus describe en *La Peste,* publicada en 1947, la historia de unos doctores que descubren el sentido de la solidaridad en su labor humanitaria en la ciudad de Orán en Argelia, al ser azotada por una plaga, inspirada posiblemente en la epidemia de cólera que sufrió dicha ciudad durante 1849 tras la colonización francesa. Camus plantea ya el dilema de la limitación de las libertades impuesta por un gobierno autoritario en aras del cuidado de las vidas humanas. Finalmente, José Saramago su *Ensayo sobre la ceguera,* novela metafórica de la ceguera humana ante el virus.

manera natural. Así, de manera natural la peste aniquiló a una tercera parte de la población europea en la Edad Media, y perecieron entre 50 y 100 millones de seres humanos por la "epidemia española" en 1918.

Si cada quien tendrá su merecido virus en un mundo democrático, porque "arrieros somos y en el camino de la globalización andamos", la pandemia tendrá sus consecuencias para la democracia. Si las autodefensas han surgido para defender la vida del acoso del crimen organizado ante la ineficacia del Estado, cuando el virus pone en jaque la vida, no habrá autoridad soberana capaz de dirigir o de contener las acciones que cada comunidad y persona tome para cuidar su vida. Ya lo estamos observando en gobernadores y presidentes municipales desacatando órdenes o desobedeciendo políticas estatales. En el sálvense quien pueda, cada quien buscará o no la manera salvaguardar su vida.

El estado de emergencia en el que la pandemia ha puesto al mundo entero no reclama tan sólo los mejores diagnósticos clínicos, las mejores estrategias de contención e inmunización, las mejores capacidades para inventar la vacuna capaz de vencer la ira mortífera del virus y volver a la "normalidad crítica" en la que se encontraba la humanidad al final de la década anterior; para volver al "business as usual". La excepcionalidad del acontecimiento reclama lo mejor de la sensibilidad humana para imaginar un cambio profundo en nuestros modos de producir, de existir, de convivir con la naturaleza: para aprender a vivir dentro de las condiciones de la vida.

El *Next Big One* y el Por-venir de la Vida

Este 22 de abril de 2020 se cumple medio siglo de que fuera instaurado formalmente por las Naciones Unidas el Día de la Tierra: La ONU ha proclamado:

> El Día Mundial de la Naturaleza y El Día de la Tierra nos recuerda la urgente necesidad de intensificar la lucha contra el crimen contra la fauna, contra el

planeta y más aún contra los humanos, ya que tiene amplias repercusiones económicas, medioambientales, de salud y sociales.

Dos años más tarde habría de celebrarse en Estocolmo la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano. Un estudio de investigadores del MIT impulsado por el Club de Roma se publicaría y difundiría a escala mundial: *Los Límites del Crecimiento*. Quince años después, se publicaría el Informe Brundtland "Nuestro Futuro Común", diseminando por el mundo el concepto de sustentabilidad. Hemos constatado a través de estas décadas la resistencia que ha opuesto la racionalidad establecida en el mundo moderno hacia el giro civilizatorio que allí se preconizaba para evitar la catástrofe ecológica construyendo un nuevo contrato social con la naturaleza. A través de su convocatoria a la ciudadana, el Día de la Tierra se ha constituido en acto ritual de acción para cambiar los comportamientos humanos y las políticas públicas de los gobiernos. Si en 2017 propició la "Movilización Climática de los Pueblos", su llamado a la "acción climática" como tema para este 2020, ya no habrá de celebrarse en las calles de las urbes del planeta –como las recientes manifestaciones provocadas por la intervención de la joven Greta Thunberg ante la COP24 de Cambio Climático–, sino de manera virtual en nuestros aparatos receptores mientras nos resguardamos no del clima, sino del coronavirus.

La pandemia anuncia tiempos aciagos. El mundo se ha quedado pasmado ante la amenaza de un minúsculo e invisible virus; pendiente del *Next Big One*, de la eventualidad de un acontecimiento aún de dimensiones mayores, de un evento incontenible y letal, capaz de poner fin a la especie humana. La ciencia no acierta a hacer pronósticos precisos: nos dice que terremotos de mayor intensidad son previsibles; que los tsunamis causados por el cambio climático son inevitables. Ahora sabemos que otros coronavirus están allí, atrincherados en las células de una multiplicidad de organismos vivos, listos para mutar, para saltar de la planta al animal y del animal al ser humano, en grados de malignidad impredecibles, imposibles de contener con una vacuna de cepas ya existentes contra la influenza. Un fantasma recorre el mundo, la amenaza de una fatalidad causada por la negación de una verdad inocultable. Esta vez no será la peste por el ocultamiento de la verdad del incesto de

Edipo, sino la inconfesable verdad del capital que se ha instaurado como la razón de fuerza mayor de la condición existencial de la humanidad, que ha puesto en jaque a la vida humana.

En efecto, no sabemos con certeza hasta qué punto el progreso de la racionalidad tecno-económica habrá de provocar acontecimientos climáticos, tectónicos y epidemiológicos aún más intensos en el futuro próximo. Sin embargo hay suficientes elementos para imaginar hipótesis pertinentes y preguntas sensatas. Sabemos que existe una conexión directa entre la economía global y el metabolismo de la biosfera. La epidemiología se encarga de saber los vectores y vías de transmisión, del contagio e inmunidad de los virus. Pero sabemos de manera muy incompleta la manera como el capital, en todas sus formas de intervención de la naturaleza se ha convertido en el mayor agente activador de las pandemias. Más allá de las hipótesis de una conspiración viral que hoy inundan las redes sociales y el internet sobre una supuesta estrategia planeada de una guerra bacteriológica para dominar el mundo, es razonable comprender que la destrucción de la biodiversidad producida por el agronegocio de monocultivos transgénicos, así como del negocio de los grandes establos de ganado vacuno y porcino y de las grandes granjas de aves, además de los efectos nocivos y mortales de los biocidas empleados, propician el salto de los virus hacia los animales, y mediante el consumo, el comercio, el transporte y el turismo a escala global, su transmisión hacia los humanos. ¿Es demasiado especulativo pensar que la tecnología de “fracking”, además del alto consumo de agua, esté causando mayores fracturas de las capas geológicas que en algún momento provoquen o magnifiquen movimientos telúricos? ¿O que el calentamiento global sea un factor que incida en la “liberación” de los virus de la biosfera y su mayor diseminación y transmisión a través de fenómenos meteorológicos de la atmósfera?

Sabemos que el COVID19, viajando en avión y en barco, ha llegado a todos los confines del planeta. Su presencia es tan completa como la representación de los delegados de sus países en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Hoy, la alerta generalizada está apuntalando la implementación de la Coalición para las Innovaciones en Preparación para Epidemias (CEPI) financiada por Bill Gates. Su objetivo es acelerar el proceso de prueba de vacunas y financiar maneras nuevas y

rápidas de desarrollar inmunizaciones por si un nuevo virus llegara a propagarse por el mundo.[15] La pregunta es si esta es la mejor estrategia para contener la letalidad de los próximos acontecimientos epidemiológicos y para responder al cuestionamiento que plantea como síntoma de la crisis civilizatoria de la humanidad. Acerquémonos antes a tratar de comprender cómo han convivido las sociedades tradicionales con sus virus, en su entorno durante milenios de co-evolución con la naturaleza.

Ciertamente, las poblaciones amerindias fueron devastadas por enfermedades contagiosas, especialmente la viruela, llevada a América por los conquistadores y colonizadores europeos. Si no se sabe con certeza el número de nativos americanos muertos por enfermedades traídas desde el extranjero después de la llegada de Colón a América, se ha estimado que fue el 70% de la población indígena. Sin embargo, no tenemos noticia de que estas poblaciones hayan sido diezmadas por epidemias virales anteriormente a la Conquista, que haya sido una de las causas del colapso de la Civilización Maya,[16] o en su caso de los pueblos Mapuche, Guaraní, Quechuas, Aimaras o Amazónidas. Estos Pueblos de la Tierra han aprendido a través de su milenaria experiencia de vida y sus estrategias de supervivencia, a adaptarse a su entorno, a con-vivir con sus virus.[17]

[15] Bill Gates ha anunciado que "La CEPI ya está trabajando como mínimo en ocho posibles vacunas para la COVID-19, y los investigadores confían en tener al menos una en los próximos 18 meses […] todavía no estamos seguros de qué vacunas resultarán más eficaces; cada una de ellas requiere una tecnología específica. Esto significa que los países tienen que invertir en plantas de producción muy diferentes sabiendo que algunas nunca se utilizarán. De no ser así, cuando un laboratorio haya desarrollado una inmunización, perderemos meses esperando a que el fabricante adecuado la produzca a gran escala […] la vacuna contra la COVID-19 deberá ser considerada "bien público mundial" y ser asequible y accesible para todos. La Alianza Mundial para Vacunas e Inmunización (GAVI) tiene un largo historial de ayuda a los países de medios y bajos ingresos para que accedan a inmunizaciones fundamentales".

[16] Si bien autores como Spinden (1928) han sostenido la teoría según la cual la aparición de la fiebre amarilla pudo haber sido una de las causas del colapso de la civilización maya, otros estudiosos como Morley, afirman que esta enfermedad, al igual que la sífilis y una serie de otros males infectocontagiosos, llegaron a América durante la conquista española. Por su parte Shimkin (1973) abona a la hipótesis de Spinden al encontrar que el mono aullador de los bosques centroamericanos, es portador de la fiebre amarilla, que le es transmitida por un mosquito y por los murciélagos. Empero, esta no aparece como la causa predominante.

[17] Dan testimonio de ello los Huni Kuin del estado de Acre en Brasil y de la selva amazónica peruana que, como tantos otros pueblos indígenas de la región comparten un saber de vida instaurado en sus rituales y prácticas de coexistencia con los otros organismos vivos de su entorno. Els Lagrou, profesora de la Universidad Federal de Río de Janeiro propone, a través da filosofía amerindia dos Huni Kuin, una original lectura cosmopolítica del nuevo coronavirus que atribuye la mayor parte de las enfermedades al hecho de comer animales. Los Huni Kuin afirman que las personas enferman "porque la caza y los peces, así como algunas plantas que consumimos y otros seres que agredimos o con

Los Huni Kuin saben bien lo que puede un virus, pues los virus importados en el pasado, como la influenza y la viruela, les causaron más muertes que las guerras que enfrentaron contra ellos en la época de la invasión de sus tierras. Así como las células de los organismos vivos de los ecosistemas portan con ellos desde siempre virus benignos para sus procesos evolutivos, los Pueblos de la Tierra son portadores de saberes milenarios para convivir con los organismos de los ecosistemas que habitan. El saber antropológico de sus mitos y rituales es estratégico para aprender a convivir con la naturaleza.[18] La defensa de sus territorios de vida es la mejor estrategia de contención del *nisun* y el *yuxin*, de esos espíritus malignos que entran en acción con la liberación de los virus que viven de manera armónica y estable en la biosfera. Imaginemos lo que podría ocasionar la quema de la Amazonía en cuanto a la liberación de diferentes virus y el genocidio viral que podría ocasionar en las poblaciones amazónicas que han vivido en armonía con los virus hospedados en las células de su riqueza florística y faunística. Las estrategias más rigurosas de contención del contagio del coronavirus ha puesto en guardia sobre lo que podría significar en

los cuales interaccionamos, se vengan y mandan su *nisun*, dolor de cabeza y mareos que pueden resultar en enfermedad y muerte […] El universo de la floresta es habitado por una multiplicidad de especies que son sujetos y negocian su derecho al espacio y a la propia vida […] A pesar de que sus enemigos los llaman Kaxinawa (pueblo murciélago), los Huni Kuin no consumen estos animales porque los consideran seres que poseen *yuxin*, el poder de transformar la forma.

[18] "Los murciélagos son los únicos mamíferos que vuelan, lo que permite que puedan cruzar grandes distancias y diseminar muchos agentes patógenos. Pero también son los polinizadores más importantes de la floresta tropical, y muchas especies dependen exclusivamente de ellos para sobrevivir. En el mito de origen de las plantas cultivadas de los Huni Kuin, un *quatipuru* (mamífero roedor, de tamaño pequeño a medio, también llamado ***Sciuridae***, conocido en Brasil como "serelepe", "caxinguelê", "caxinxe", "quatimirim", "**agutipuru"** o "**acutipuru", Carlos Walter Porto Gonçalves, comunicación personal**), fue transformado en hombre que enseñó el cultivo de las plantas a los humanos. Al mismo tempo, el *quatipuru* sabía transformarse en murciélago. A los murciélagos, como los humanos, les gusta vivir en grandes grupos, lo que facilita la diseminación de semillas, polen y virus. El vuelo del murciélago requiere de mucha energía, lo que produce altas temperaturas en el animal, temperaturas que significarían fiebre en el ser humano. Es por esta razón que cuando pasa el virus al humano, es tan virulento. Otro elemento interesante es que, como los humanos, los murciélagos sienten stress. Cuando perciben su hábitat dañado por la desforestación, o cuando son amontonados vivos en grandes ferias junto con otros animales, para ser sacrificados, el aumento del stress presiona su sistema inmunológico y puede hacer que un virus latente se torne manifiesto y más contagioso. No es el hecho de que los humanos coman carne de caza la causa de las epidemias. Las epidemias son el resultado de la desforestación y de la extinción de los animales que antes eran sus huéspedes simbióticos. Las epidemias son también resultado de una relación extractivista de las grandes ciudades con las florestas." (Els Lagrou, "Nisun: a vingança do povo morcego e o que ele pode nos ensinar sobre o novo coronavírus, blogbvps13/04/2020Pandemia, Cultura e Sociedade).

cuanto a la legitimación de gobiernos autoritarios y fascistas y para alertarnos sobre la posibilidad de activar una estrategia de infección viral para un programa de "limpieza étnica" para eliminar toda resistencia para la apropiación y transformación capitalista de la Amazonía. En estos momentos, que la infección del coronavirus ha llegado a una población Yanomami, y seguramente a otras poblaciones, en que se reportan ya las primeras muertes de indígenas a causa del COVID19, es preciso dialogar con quienes han sido alienados, despojados y arrancados de la tierra viva, como reclama Ailton Krenak.

No será mediante programas de financiamiento extraordinario a la industria petrolera y los megaproyectos para abrir las vías al crecimiento económico, al comercio y al turismo (la refinería de Dos Bocas en el momento que el precio del petróleo es negativo, que el Corredor Transístmico para modernizar el Sureste de México sirve de muro contra los inmigrantes centroamericanos y que el Tren Maya busca llevar el "progreso" a las comunidades herederas de la Gran Civilización Maya), que habremos de recuperar el empleo y volver a la "normalidad" de la vida económica, dar seguridad epidemiológica y sustentabilidad a la vida.

Le corresponde a la humanidad hacer prueba de prudencia, no seguir desencadenando los demonios de la tecnología ni liberando la malignidad viral que ha estado presente durante toda la historia para moderar la voluntad de dominio del hombre sobre la Tierra. De no hacerlo, entraremos a la era de una democracia viral: no la del control de la sociedad sobre el uso político de la viralización de las informaciones y el conocimiento. Más allá de las estrategias fatales que imaginó Jean Baudrillard, la democracia viral no sólo desconfigurará la lógica que construyó la humanidad desde Parménides, sino que dará cumplimiento a la profecía de Heidegger al caracterizarlo como el "ser para la muerte". Habiendo trastocado la ontología la vida y descompuesto el cuerpo de los humanos, todos iremos a la tumba con el virus clavado en el corazón.

Queda una esperanza: más allá de la bioética de un estado de excepción e instrumento eutanásico para la sala de emergencia, el que la pandemia generare una

reflexión profunda de la humanidad capaz de reconducir la evolución de la vida hacia modos más sustentables de convivencia entre los organismos que habitan la biosfera; para reaprender a habitar el planeta dentro de las condiciones de la vida; para que del axioma "todos los hombres son mortales", que hoy nos reconfirma este acontecimiento histórico, lleve a la humanidad al giro del silogismo, hacia la afirmación de la vida:

"La vida humana es naturaleza

El ser humano es un ser viviente

Soy naturaleza"